



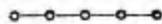
DURANTE LA PROCLAMACION DEL MATRIMONIO

EVA Y EL ESPEJO

NO HAY DUDA que las mujeres suben de piano. Ayer la demostración se dió aquí. Hoy es allá. Aquí hemos tenido una presidente de la Cámara; allá una candidata a Vice presidente de la República.

Es el resurgimiento de la ginecocracia ecuestre de las amazonas. Que vienen por la revancha después de tantos siglos de patriarcalismo.

Este retorno del matriarcado da sin embargo un tono especial a las relaciones entre los hombres —los hombres y las mujeres, se entiende— haciendo de la política una cosa bella y gentil más propicia al método del lance galante, que a la lucha descarnada y agria por la conquista del poder.



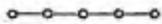
LO PROBO AYER EVITA, la simpática y joven esposa del presidente argentino, con sus actitudes en el acto de proclamación.

La multitud —jun cuarto; un medio millón?— rugía incontinente. Perón estaba presente; pero Evita no. Espejo —¡siempre mujer y espejo andan juntos— reclamó su presencia. Y con tanta insistencia que Evita vino y se sentó al lado su esposo.

Era enternecedor y ejemplarizante el espectáculo del matrimonio presidencial. En estos momentos de uniones ilegítimas, divorcios, amor libre y adulterios, la primera pareja de la nación da tal ejemplo de solidaridad conyugal. Ella declaró enternecida:

—“Gracias a los humildes que han elevado el nombre de una mujer argentina.” Y agregó dirigiéndose a su bienamado esposo: —“Con la plenipotencia espiritual que me dan los descamisados de la patria os proclamo antes que el pueblo os vote, Presidente de todos los argentinos.”

Frente a lo cual cada descamisado con los ojos en blanco habríase hecho la reflexión que ya se le atribuyó a Pancho Talero: —¡Esta sí es una mujer: no como la que tengo en casa!



DESPUES HABLO PERON. Dijo un discurso político. Como buen demócrata declaró “que aceptaría cualquier cosa que el pueblo decidiera para el bienestar de la nación.” Aunque fuera la presidencia. Y tampoco para siempre; sino solamente hasta 1958.

Habló de la oposición. Dijo que tendrá posibilidades de ganar esta elección y que si ganaba “podría gobernar el país, pero que si fuera vencida debía someterse a la voluntad del pueblo.”

Evita lo proclamó el “líder espiritual de la nueva Argentina.” La multitud rugió: ¡Perón sí; otro no!

DESPUES ESPEJO —el espejo no miente— se aferró al micrófono:

—“Un minuto camaradas. Vosotros pedisteis a Eva Perón la respuesta que todos ansiamos. Por ese motivo este cabildo entra en receso hasta mañana de modo que ella pueda tomar una decisión definitiva. La Confederación demandará esta respuesta mañana y nos reuniremos de nuevo en este mismo lugar.”

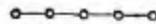
Evita, ante tal requerimiento se emocionó, según el cable. No era para menos. Una mujer puede dar un sí a un hombre, sin muchos titubeos. Pero a medio millón es más arriesgado. Desde el fondo de su gentil y esquiva feminidad Evita contestó:

—“No me hagáis hacer lo que nunca he deseado. Por el amor que me profesáis para esta decisión tan trascendental en la vida de esta humilde mujer, dadme, al menos, cuatro días para pensarlo”...

Y en seguida, a nuevos y más imperativos requerimientos, semirendida ya:

—Os contestaré esta noche, a las veintuna. Lo menos que podéis darme son dos horas...

Y la frase se perdió en un suspiro

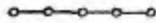


LOS DESCAMISADOS continuaban rugiendo ante la humilde mujer. Espejo, entonces, fiel como siempre —el amigo más fiel de la mujer es el espejo— con voz estentórea contestó:

—“Camaradas. Nosotros esperaremos aquí. No nos moveremos hasta que dé una respuesta favorable, que es el deseo de todos los trabajadores.”

Y Evita ante requerimiento tan imperativo, contestó con desmayada resignación:

—“El general Perón lo ha dicho: yo haré lo que el pueblo desee.”



EVITA, JOVEN Y RUBIA, bella como nunca en sus 29 años —según propia confesión— es la afortunada mujer a quien medio millón de hombres —Espejo mediante— le piden el sí. Ella, esquiva y recatada, pide plazos. Como corresponde a una dama que de ningún modo debe salir corriendo a coigarse del cuello de su galán. Primero cuatro días. Después dos horas. Para, —cumplidas éstas— mantenerse aún por un tiempo en la indecisión. Rendida ya, no se da vencida. Es mujer y las mujeres saben de eso mucho.

Lo grave es que aplicando con tanta maestría las artes femeninas a la política, los maquiavelos criollos de aquende y allende, quedan convertidos en chapuceros del oficio.